

EL Atlante.

*Aquel pueblo es verdaderamente libre
donde las leyes mandan y los hombres obedecen.*

SUSCRIPCION.
en esta Capital.
an. mes. 12 rs. vii.

N. 429.

Miercoles 6 de Marzo de 1839.

EN LA PROVINCIA.
franco de porte.
un mes 14 rs. vii.
tres meses 40.

S. Victor Mr.

LAS DOS MELLIZAS.

NOVELA ORIGINAL
del vizconde d' Arincourt.

Vivian desconocidas y olvidadas del mundo, bajo el reinado de Luis el Grande, en el interior de un antiguo castillo, situado en las montañas que están al norte de Francia, dos nobles huérfanas, hijas del marqués d'Arinval las cuales habian cumplido ya diez y siete primaveras. Frescas y lozanas, como las flores del mes de mayo, y hermosas, como las ninfas del tiempo fabuloso, Alix y Blanca eran mellizas.

Estas dos jóvenes tenían las mismas facciones, el mismo cuerpo, los mismos cabellos y el mismo acento; quien contemplaba la belleza de la una, contemplaba la hermosura de la otra, porque el cielo las habia formado completamente iguales, y les habia dado en lo moral la misma semejanza que en lo físico. Alegres a la vez y tristes al un tiempo estaban gozosas o afligidas en una misma hora, en un mismo instante. Si Alix estaba enferma, Blanca lo estaba también. Conformidad de principios, analogía de sentimientos, armonía en los gustos y voluntades; gozaban ó sufrían juntas; era en fin un solo ser en dos cuerpos: era un solo cuerpo bajo dos formas.

Una tia anciana las habia educado con esmero en el castillo hereditario. La señora de Clamore adoraba á sus sobrinas, pero tenía ya ochenta años; conocía que se apresuraba el fin de su existencia y solo pensaba en casar á las dos huérfanas que estaban á su cuidado.

II.

Una grande noticia circula de repente en el castillo d' Arinval.

La señora de Clamore ha finalizado ya su proyecto. Dos contratos de boda van á estenderse, y los dos esposos deben llegar bien pronto. El uno destinado á Alix, es el conde Rodolfo d'Hermigoy, y el destinado á Blanca es el baron Raoul d'Aigreville. Ambos son jóvenes, ricos y nobles.

—Hermana mia, dijo, Alix á Blanca, vamos a ver a Rodolfo y a Raoul, á los maridos que nos destinan.... Mira, yo no sé porque, pero tengo miedo.

—Y yo también, respondió Blanca.

—Siempre las mismas impresiones, querida hermana.

—Alix, tú vas a casarte con Rodolfo y yo con Raoul. ¿Crees que podremos amarlos?

—Yba a hacerte la misma pregunta.

—Y si el uno no te agradase?

—Le odiarias, dime, si Rodolfo unido a mi suerte me hiciere morir de pena?

—Moriria yo también; pero no temas, los dos son amables. ¡Ojala hagan la felicidad de sus esposas! Mira, Blanca, dicen que el amor es un sentimiento muy dulce, y yo quisiera amar.

III.

El conde d'Hermigoy y el baron d'Aigreville, montados sobre dos fogosos corceles, y seguidos de una multitud de caballeros llegan por fin á la puerta del castillo. Rodolfo y Raoul, cubierto con unas bridas y ricas armaduras, son los primeros que, en medio de mil aclamaciones, atraviesan el puente que separaba á las dos tierras docellas del trato del mundo.

Las dos hermanas, colocadas en un balcón, pasan con admiracion sus miradas sobre el magestuoso cuadro que se ofrece ante su vista: es el lujo de la Corte de Luis XIV el que ostentan aquellos nobles caballeros. Las mantas de sus cabe-

llos, bordadas de oro, sus libreas de púrpura y azul, los ondeantes y vistosos plumages de sus cascos, el brillo de sus armaduras y de sus espadas, todo aquello admiraba á las dos tímidas huérfanas.

Blanca, dijo Alix á su hermana, observa ese caballero que se adelanta, que hermoso es. Quisiera que fué Rodolfo, el que la suerte me destina. Si, debe ser el, ¿no es verdad, hermana?

—Si tiene razon, es el mas hermoso, es Rodolfo, es Rodolfo, le he oido nombrar.

—Yo no he dicho el mas hermoso.

—Pero lo has pensado.

—Es cierto; no podemos ocultarnos nada.

IV.

Los futuros esposos, presentados por la señora de Clamore, á las herederas d'Arinval, han pasado ya algunos dias en el castillo y encantados de la belleza de las jóvenes, no han perdonado medio alguno para agradarlas. Las partidas de caza, los bailes, musicas y festines, habian reemplazado al silencio que reinaba en los jardines y salones del castillo. ¿Y quien era el móvil de todas aquellas fiestas? Era el amor de Rodolfo.

Ninguno de los seductores medios que sugieren para agradar la naturaleza y la fortuna fué perdonado por los dos caballeros á las señoritas d'Arinval: Rodolfo, amable y altivo, ganaba los corazones y Raoul no menos elegante que su amigo, era objeto de la pública admiracion, pero su mirar era sombrío y algunas veces feroz; así es que cuando los habitantes del condado se preguntaban cual era mas amable, si el conde ó el Baron, nadie respondia que lo era Raoul.

V.

La señora de Clamore, estaba

proxima á pasar de la vida á la muerte. La edad debilitaba su razon y reducida á la última estremidad, no podia ya levantarse de su sillón porque sus facultades la iban abandonando poco á poco.

Ya se habia publicado solemnemente el casamiento de las dos huérfanas en la parroquia de la comarca. Alix se ha levantado muy de mañana, adora con pasion á Rodolfo y se complace en que el amable y hermoso caballero no tardará en ser su esposo y se dice á si misma. Mis votos se han cumplido y sin embargo su espiritu padece atrocemente, su corazon late con violencia: su sueño no es tranquilo y una fiebre ardiente se ha apoderado de ella y se ha cebado con furor en sus encantos divinales. Alix corre en su busca en los jardines del castillo. Era la primera vez que una hermana corria en busca de la otra sin que esta tambien volase á su encuentro.

Legan por fin á encontrarse; Alix mira á Blanca y tiembla. Blanca estaba pálida y desfallecida, sentada sobre un marchito cesped, inmóvil y silenciosa, su fisonomia anunciaba algun accidente misterioso y extraordinario; fija sobre su hermana querida una triste mirada que parecia decirle ¿no sabes lo que padezco? Alix dió un grito y cayó en los brazos de su hermana.

Hermana mia exclamó Alix al cabo de poco instantes. ¡Ah! yo quisiera ser la mas feliz de las mugeres; voi á unir me para siempre con el que adoro, soy amada, todo sonrie en derredor de mi.. Rodolfo me llama y me espera... Pero sufro mucho; explicame este terrible misterio, Tu sufres tambien; tormentos crueles lastiman tu corazon, si, estoy cierta de que padeces y de que vas á perder la vida. Lo conozco querida hermana porque mis ojos no pueden ya detener las lágrimas y porque una voz me anuncia terriblemente. *«La muerte con el placer.»*

IV.

Blanca vivamente enternecida, y estrechando las manos de su hermana respondió. Si, es cierto, padezco mucho y quisiera morir porque... perdona Alix perdóname. Voy á abrirte mi corazon, es preciso. Destinadas las dos á no tener sino uno mismo. Alix, Alix, yo le amo Lien, yo le adoro como tu, el solo otro que no sea él, jamás. Tu Ro-

dolfo es nuestro Rodolfo.

Dios mio! exclamó Alix, elevando sus manos hácia el cielo. Mi corazon me lo habia predicho. ¿Que son pues para nosotras, la semejanza, los sentimientos y la union de nuestras voluntades, efectos que yo habia mirado no como fenómeno divino, sino como un beneficio de la providencia?... un atroz suplicio para las dos, que ha reservado el porvenir y un horroroso y eterno tormento.

Querida Alix, replicó Blanca con el acento del dolor, somos muy infelices! Nosotras, que conociamos nuestra naturaleza, hubiéramos debido escoger un ser que nos acogiese bajo su amparo y que nos amase igualmente debiamos habernos consagrado al señor, es el único ser á quien se puede amar porque nos hubiera dividido su corazon. Pero escucha prosiguió Blanca con calma. No exajeremos nuestros tormentos. Es preciso que mis votos se cumplan. Yo padezco, iloro es verdad pero en medio de mis dolores diviso una ráfaga de placer que cual la estrella que se presenta en el cielo en una noche oscura, iluminándolo con su brillante luz asi consuela mi corazon, mis tristes pensamientos desaparecen y dejan lugar á risueñas ilusiones. Es la esperanza y hasta siento deslizarse tu felicidad por la senda de mi infortunio.

(Continuará.)

BOABDIL.

I.

El estandarte de la media luna ondea en las Torres-Bermejas, y Granada hierve en fiestas, regocijada por el alzamiento del nuevo rey.

Todo el poder sarraceno se encuentra reunido en esta ciudad encantadora y por do quiera resuenan los ecos de las dulzainas y añafles, acompañando las voces que prorumpen en vivas y aclamaciones, poblado el aire con el nombre de Boabdil. Estaba escrito empero que este rey, descendiente de los célebres Al-Ahmar perdiese un reino que tanta sangre habia costado conquistar; entregado siempre á los voluptuosos placeres de su corte oriental se acordaba apenas de la suerte de sus vasallos, amenazados por los reyes católicos de una ruina inevitable. La fatalidad seguia sus pasos por do quiera, y en el año de 1473,

obligado á entrar en accion con los castellanos cerca de Loja, se vencido y prisionero, habiendo sufrido una derrota considerable. Este acontecimiento era un augurio de las desgracias que despues experimentó, y su natural indolencia y la confianza que tenia en el número excesivo de sus soldados, presagiaban á Granada una suerte infeliz.

La generosidad del rey Fernando se estendió hasta concederle la libertad, pero él muy lejos de escarmentar en la derrota que habia sufrido y de aprestar sus guerreros, para contrastar el poder de un coloso respetable, se entregó de nuevo á un dulce solaz en su castillo de Albayzin, sin hacer caso de las murmuraciones de la corte. Las corridas de cañas, los banquetes, todos aquellos placeres que puede proporcionar la riqueza rodeaban al hijo del destronado Albohacen, que irritado contra el que le habia lanzado de su reino, junto la gente que pudo en Baza, logró llegar con sus armas hasta la Alhambra, se apoderó de ella, y si no obtuvo el éxito que esperaba, lo delió á la crueldad que ejerció con los Bencerrajes ó Abencerrages, haciendo derribar las cabezas de los caudillos de esta tribu.

Boabdil recobró de nuevo un trono y con él volvió á sus antiguas costumbres. En tanto los reyes de Castilla Don Fernando V. y Doña Isabel, ayudados de lo mas selecto de la juventud castellana, y guiados por el deseo de purgar de moros el territorio español, habian logrado elevar la enseña victoriosa de la cruz en Alhama, Loja, Almeria, Málaga, Zahara, Velez, Baza, Guadiz, Cartama y otras muchas ciudades, villas pueblos y fortalezas, cortándoles la comunicacion con Africa y privándoles de toda esperanza de recursos. Retirados una vez en Granada todos aquellos personajes mas principales de las perdidas poblaciones y reforzadas estas con numerosas guarniciones castilianas, llevaron los reyes católicos sus numerosas huestes delante de la consternada capital.

II.

Mira el fuerte sitio el moro
el alcazar, la muralla,
las aporilladas torres
de la destruida Baza.
Quiere despedirse el moro
y llama la patria amada

quéjase de la fortuna,
y entre sí confuso habla:

Romancero general.

Dos tribus poderosas habían creído cabe el trono de Boabdil, enemigo de las justas y de los festines: los torneos. los torneos de los cristianos se habían introducido en la corte del rey moro, y más de un castellano, arrojando su lanza á las puertas de la ciudad infiel, había retado á los principales caudillos de las numerosas falanges que en ella moraban. Los Macas los Gomeles, los Almórabides, y sobre todos los Zegries y los Abencerrajes se hallaban prontos a combatir; pero el brazo de su rey no supo conducirlos á el campo, ni llevarlos á la victoria. Boabdil yacía indolente, engañado por el fausto de su corte. Existían no obstante valerosos guerreros en Granada, y de ello tenían pruebas los cristianos. Ya una vez Muza, descendiente del primer conquistador moro de España, de aquel que dió su nombre a Murcia, había combatido en el palenque con el gran Maestro de Calatrava, sin que quedase la victoria por ninguno de los dos. Este acontecimiento fué celebrado por Boabdil con fiestas nunca vistas hasta entonces, habiendo hecho traer para adornar sus mesas, los más ricos manjares del oriente. Abrigábase en tanto el rencor en los pechos de los Zegries y Abencerrajes poderosos por sus nombres y sus proezas y aun más por el lauto con que siempre les distinguieran las hermosas: la división de estas dos tribus presagiaba la caída de Boabdil: en ellas estribaba principalmente la suerte de Granada, en ellas residía el poder, ellas eran las únicas que podían dar salud á la patria, y ellas las que por siempre la perdieron. En vez de haber unido sus fuerzas, para vencer al gigante que la amenazaba, se dividieron entre sí destruyéndose mutuamente, y el rey Fernando acompañado del conde de Tendilla, de Hernán Pérez del Pulgar y de otros ilustres caballeros, decidió al fin emprender el ataque de Granada.

Boabdil, entretanto seducido por los perfidos consejos de los Zegries, había hecho dar muerte á los desgraciados Abencerrajes. perdiendo de este modo el apoyo más firme de su trono. Solo un guerrero le quedaba que pudiese hacer frente al terrible castellano. Muza, el célebre Muza, y éste después de haber alcanzado en varias salidas la victo-

ria, murió peleando por su patria en los muros de Sta. Fé.

Vióse al fin Boabdil privado de toda esperanza, destituido de apoyo y luchando con sus propios remordimientos. La sombra de los Abencerrajes le perseguía hasta en el lecho mientras el ejército castellano tenía estrechada la numerosa población de Granada, que falta de viveres y privada en un todo de recursos, se vió precisada á rendirse después de ocho meses de sitio, saliendo el mismo que poco antes reinara, a presentar las llaves de la ciudad al vencedor Fernando. La piedad de éste, que no gustaba verter la sangre de sus hermanos, consintió en la marcha de muchas familias, que pasaron al Africa. El destruido rey marchó también con su madre Aixa al destierro, y al divisar desde el último punto donde se ve Granada, el estandarte de Castilla que ondeaba victorioso en las torres bermejas dió un suspiro, y las lágrimas arrasaron los ojos del último de los Al-Ahmar.

UN MENDIGO.

*¡Cuán encantador
es el mundo, si se
ignora lo que el mundo
es!*

La luna trémula derrama su luz al través de las ojas de los árboles, sobre las tranquilas aguas del Guadalquivir: el cielo sin una nube dejaba ver un manto de estrellas, que cual plateados clavos parecían adornar el espacio inmensurable. El murmurio de las ondas, el ruido de las ojas mecidas por el viento, la contemplación de la naturaleza entera, adormida bajo el imperio de la noche, despertaban en mi corazón un agradable sentimiento, difícil de expresar; y perdido en los espacios ideales, no cuidaba de que á mi lado yacía la populosa ciudad. Quince años decía yo para mí, quince años de vida y feliz sin remordimiento! ¡Mundo de bendición! ¡Dios inmensamente grande! ¡Qué mérito quisiste premiar con tan incomparable ventura? ¡Obra hermosa de la creación! ¡Todo es felicidad!" Las lágrimas se deslizaban por mis párpados dulcemente, lágrimas que arrancaba la alegría y que no pude imaginar fuesen precursoras de las que exige el dolor.

Al desigual movimiento de las ojas y las aguas, que formaban deliciosa armonía, quedeme arrojado

bajo la copa de un álamo frondoso. Mis ideas placenteras bullían en mi imaginación y en ninguna se fijaba. De repente oigo un ruido compasado, sacudo mi letargo breve, escucho, fijo la vista y descubro un ser humano. "Otro hombre feliz, dije, todos son felices como yo."

Era un anciano que apenas podía conducir la carga de su edad. Su paso grave y tembloroso, su arrugada faz que la lumbre de la luna dejaba ver, su cuerpo encorvado por el tiempo, su blanca barba, los miserables harapos que le cubrían llamó mi atención. Parecióme de pronto la imagen de la muerte que recorre los campos de la vida cuando el hombre duerme creído en que está despierto. Empero una voz secreta, un impulso irresistible me guiaba hacia él. Me acerco, y tendiéndole mi brazo vigoroso apoyo su decrepitud. Tomad asiento, le dije, ¿estais cansado?.....—Sí; respondo, me falta el aliento para proseguir; venia á buscar un lugar seguro donde reposar. ¡Ay! que vida tan amarga!...

—¿Es posible? ¿pues qué? este mundo hermoso, lleno de encantos, contiene algun germen de infelicidad?—¿Quien es infeliz? Tu juventud te engaña, te extravía. ¿Quien es feliz? Maldecida por el Eterno la humana estirpe, habita este valle de dolor, donde peregrina para la eternidad. Condenada á alcanzar su sustento con afanes continuos y trabajos, jamás goza un instante tranquilo: la ancianidad le sorprende en medio de ese afán, la muerte le tiende la mano... Yo la aguardo con impaciencia....—¿La aguardais? ¿Que decis? ¿Me dais compasión!...—Tu no sabes cuanto sufre mi alma cada instante que me acorcha. ¡Óyete! tu empiezas la carrera de la vida; tu no has surcado sus amargas ondas. Yo también, como tú, viví cargado de ilusiones; el mundo me ofrecía los placeres, mi labio los apuraba. Pasó aquel tiempo delicioso y ahora soy presa de la miseria y desnudez... ¿Ves mi frente arrugada, mis mejillas pálidas y tristes, hundidos los ojos, sin expresión? ¿Sientes mi mano fria como la losa del sepulcro que pronto me cubrirá? Obra es de esa desnudez, de esa miseria. Sugato á mendigar un escaso alimento de la piedad de mis semejantes, consumo los días que me restan entre las privaciones: llega la noche y el suelo recibe mis cansados miembros: el frío me hiela, el estío me sofoca. Solo en el vasto arenal don-

de he nacido, no encuentro otro consuelo que mi llanto y la esperanza de que un Dios bondadoso se apiadara de mí...—¿Y que anciano no acórran vuestros hermanos la mendicidad que os cubre.—Hermandad! ¿dónde están? Voz vaga entre los hombres: orgullo, ambición, vanidad es la hermandad de la tierra.

—¿Vuestros parientes?

—Los tengo; algunos disfrutan de una suerte venturosa; algunos ocupan altos puestos en la república; pero se ofenden, se irritan al mirarme en este estado. Mientras tanto que duró mi patrimonio les merecí distinciones y respetos; la desgracia lo consumió, y me encontré despreciado.

—¿Y no habeis obtenido premio alguno por vuestros servicios?.....

—Sí, el desengaño. Enjugar el llanto del infeliz, acorrerlo en su desventura, sacrificar mis bienes, mi descanso por la felicidad común, fue mi mas grata ocupacion. Sembré, pero el granizo destructor tronchó las mieses. Allá en mi juventud me dedicaron al estudio de las letras; pero sonó el grito de independencia de la patria y me fue preciso trocar los libros por la espada. Bajo el estandarte nacional combatí contra los enemigos de mi país. Mi asiduo afán me grangeó la estimacion de mis superiores, me honraron con un distintivo; pero libre la España de sus opresores, recobrada su dignidad mancillada antes torpemente, renuncié el puesto que ocupaba....

—¿Por que?

—Porque me es insoponible la ferocidad de la guerra; padres, hijos, hermanos combatiendo por opuestas causas, á veces sin conocerlas, por saciar pasiones vergonzosas, ansiosos de sangre y de exterminio.... ¡oh! ¡es horroroso!.... ¡cuándo veremos una sociedad sin matanza, sin crímenes? ¡Ah! yo no la alcanzaré, tú, jóven, tampoco!

—Pero luego continuasteis vuestros estudios....

—Largos días de vigiliassoporté: Conocía que entre los hombres había de grangearme el odio, la enemistad, si sobresalía, porque les es insoponible la superioridad. Sabía que mis principios habían de ser rechazados por la multitud, mis intenciones puras interpretadas: sabía que había de llamarse *charlatanismo* mi natural elocuencia, si la tenía, *pedantismo* mi erudicion: era necesario antes de cualquier escrito publicar las certificaciones de los grados que alcanzara. Sabía que á la verdad no quiere oírse, que se

busea quien alhague los vicios y las pasiones. Si la naturaleza me había dotado de una organizacion exquisita y á fuerza de continuos trabajos alcanzaba algun conocimiento en poesia, me escucharía llamar *demente, loco*. Y mientras tanto que con baja adulcion no conquistase los aplausos, ó yo mismo me los diese, veria mis producciones desdeñadas, aun cuando fueran sublimes. Pero mi deseo venció, quise ser hombre, quise *saber*. Entonces fue cuando, consumido mi caudal, tuve que buscar el sustento con la fuerza de mis brazos....

—Y bien?..

Se cansaron fácilmente: ¿que no cansa el tiempo? Abandonado de todo el mundo, de la naturaleza misma me vi precisado á demandar la compasion de mis semejantes; ¡pero es tan difícil el escitarla! Entre el bullicio del placer, entre el *herir* *oivitor* de la sociedad, se pierden los tristes lamentos del menesteroso, y las descubiertas carnes pasan y no se miran. Ni se cuida del que está imposibilitado absolutamente, ni siquiera se le consuela con una voz de sentimiento. ¡Ah! ¡es tan dulce hallar en las desgracias quien las sienta! Los públicos festines, las galas, la inútil ostentacion, las colgaduras y perfumes que adornan los salones del poderoso consumen el oro que debían destinar al socorro del desvalido. ¡Triste fuerza de placer engañoso! ¡oh! ¡acordaos, hombres de la tierra, de que hay una eternidad y un Dios que la preside! ¡acordaos que es tiempo aun!.....

—Anciano, enjugad el llanto helado, que sulca vuestras cardenas megillas: no todos los hombres son lo mismo; aun hay quien se duela del ageno padecer. Venid. La suerte me ha dado bienes para repartirlos entre quienes los necesiten: ninguno mas acreedor que vos; venid. En medio del descanso que os ofrezco, una sola ocupacion tendreis continuamente. Seis años son ya que la tumba encierra á mi padre: solo en el mundo, puedo caer en la escena que habeis lamentado; ¡sí! pues mi Mentor: vos conocéis el corazón humano, dirigid el mio, y ya que es forzoso padecer en esta tierra miserable, que no ha mocho consideraba yo venturosa, preparad mi alma para que cuando llegue el dolor sepa resistirlo: haced mi felicidad: sois mi padre desde ahora.

Dije, y brillando la alegría en su semblante; pero como aquella alegría que despidé la luz de la lámpa-

ra, cuando se vá á consumir, quise arrojarle á mis pies: lo contuve, lo levanté en mis brazos, y lo llevé conmigo. Desde entonces es mi Mentor efectivamente, siembra en mi corazón las máximas del talento y la experiencia. ¡Ojalá correspondiera el resultado á sus deseos!—EL NUBERANO.

(El Paraiso.)

REMITIDO.

Sres. Redactores del Atlante.

Muy Sres. míos: En la esposicion que el Sr. Diputado provincial Dr. D. Valentin Martinez, dirige á S. M. y ha empezado á circular impresa por esta capital, se hallan en la página 5^a lineas 10 y 11, hablando de la formacion de cinco expedientes judiciales estas palabras "otro en la Gefatura Política, en donde sin anuencia del Secretario, dicta las providencias relativas á la exaccion de la multa" y como exijan algunas aclaraciones, que rectifiquen conceptos equivocados, debo manifestar, que la *anuencia* y *autorizacion* del Secretario de los Gobiernos Políticos no es requisito necesario, para que el Gefe decrete los expedientes gubernativos, y que en cuanto al de D. Valentin Martinez de que se trata obra en la Secretaria de mi cargo de donde es seguro no ha adquirido dicho Sr. el conocimiento de lo que manifiesta en su esposicion.

Queda de V. Sr. Redactor atento servidor— Q. B. S. M.—El Secretario por S. M. del Gobierno Político de Canarias—Manuel Perez Quintero.

Para Europa por Canaria

Sale la correspondencia de esta provincia para Cádiz, por la via de Canaria, dentro de muy pocos días, para lo cual asi que se proporcionen ocasiones para dicha isla, se va remitiendo la correspondencia de esta principal,

CORREOS.

Hoy dia 6.

A las 12 para la Palma, è interior á las 5 y para la Gomera por id.

Editor responsable P. M. RAMÍREZ
Imprenta de EL ATLANTE.